

las descubridoras lanzaba el grito ¡tierra! en un *fiat* creador, e incorporaba a los cartularios de la época, en una tarea incesante y exhaustiva, tierras incógnitas y trazaba rumbos inéditos en la rosa de los vientos. Con sus descubrimientos geográficos España ensanchaba las dimensiones de las ciencias niñas: Cosmografía, Etnografía, Geología; dotaba al mundo de su perfil puro y exacto y destruía el sistema de Ptolomeo, haciendo realidad las teorías de Copérnico, Kepler y Galileo.

Cuatrocientos setenta y cinco años nos separan, en el tiempo, de la madrugada histórica en la que zarparon del puerto de Palos de Moguer «La Pinta», «La Niña» y «La Santa María».

Veinte naciones con solera hispánica pueden ser vencidas por el cerco norteamericano. La España de hoy, como el vigía de 1492, debe gritar su «tierra» ante este mundo a la deriva, lanzando sus mejores hombres, en un impulso incontrastable, a la conquista espiritual de un imperio cuyo advenimiento, en el tiempo y en el espacio, se produjo por virtud de nuestra vitalidad creadora.

* * *

En algún recóndito rincón de América ¿Brasil? ¿Argentina? se está fraguando la raza cósmica —profetizada por el indomejicano Vasconcelos— que empuñará un día el timón del mundo para mayor gloria de la raza hispana.

EMILIO MARTIN DE CACERES

Ideario extremeño

Si la misión de la civilización romana fue destruir la omnipotencia doméstica, la misión de la civilización moderna es destruir la omnipotencia social en donde quiera que la encuentre. Si la misión de la civilización romana fue emancipar a la familia, la misión de la civilización moderna es emancipar a las naciones.

JUAN DONOSO CORTES

NUESTROS CLÁSICOS

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los piés
no vuelve á nacer yerba.

Palabras de Atila.

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
sangrienta charca sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!
suelta la rienda, a combatir volad:
¿veis esas tierras fértiles? las puebla
gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,
todo es hermoso y refulgente allí:
son sus hembras celestes serafines,
su sol alumbrá un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros sean su oro y sus placeres,
gocemos de ese campo y ese sol;
son sus soldados menos que mujeres
sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,
vedlos cobardes lágrimas verter...

¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
huellen nuestros caballos con sus pies.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Dictará allí nuestro capricho leyes,
nuestras casas alcázares serán,
los cetros y coronas de los reyes
cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos.

Las más hermosas nos darán su amor,
y no hallarán nuestros semblantes feos,
que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Desgarraremos la vencida Europa
cual tigres que devoran su ración;
en sangre empaparemos nuestra ropa
cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando
regias habitaciones morarán;
cien esclavos, sus frentes inclinando,
al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Venid, volad, guerreros del desierto,
como nubes en negra confusión,
todos suelto el bridón, el ojo incierto,
todos atropellándoos en montón.

Id en la espesa niebla confundidos
cual tromba que arrebató el huracán,

cual témpanos de hielo endurecidos
por entre rocas despeñadas van.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros padres un tiempo caminaron
hasta llegar á una imperial ciudad;
un sol más puro es fama que encontraron
y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tiber sus bridones,
yerta á sus pies la tierra enmudeció;
su sueño con fantásticas canciones
la fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse
hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas míseras naciones
era ese muro que abatido fué;
la gloria de Polonia y sus blasones
en humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿quién sus hijos triunfante encadenó?
¿quién puso fin á sus gloriosos días?
¿quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
esos hombres de Europa nos verán;

¡hurra! nuestros caballos en su frente
hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!...

A cada bote de la lanza ruda,
á cada escape en la abrasada lid,
la sangrienta ración de carne cruda
bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá después en templos suntuosos,
sirviéndonos de mesa algún altar,
nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
hartará nuestra hambre blanco pan.

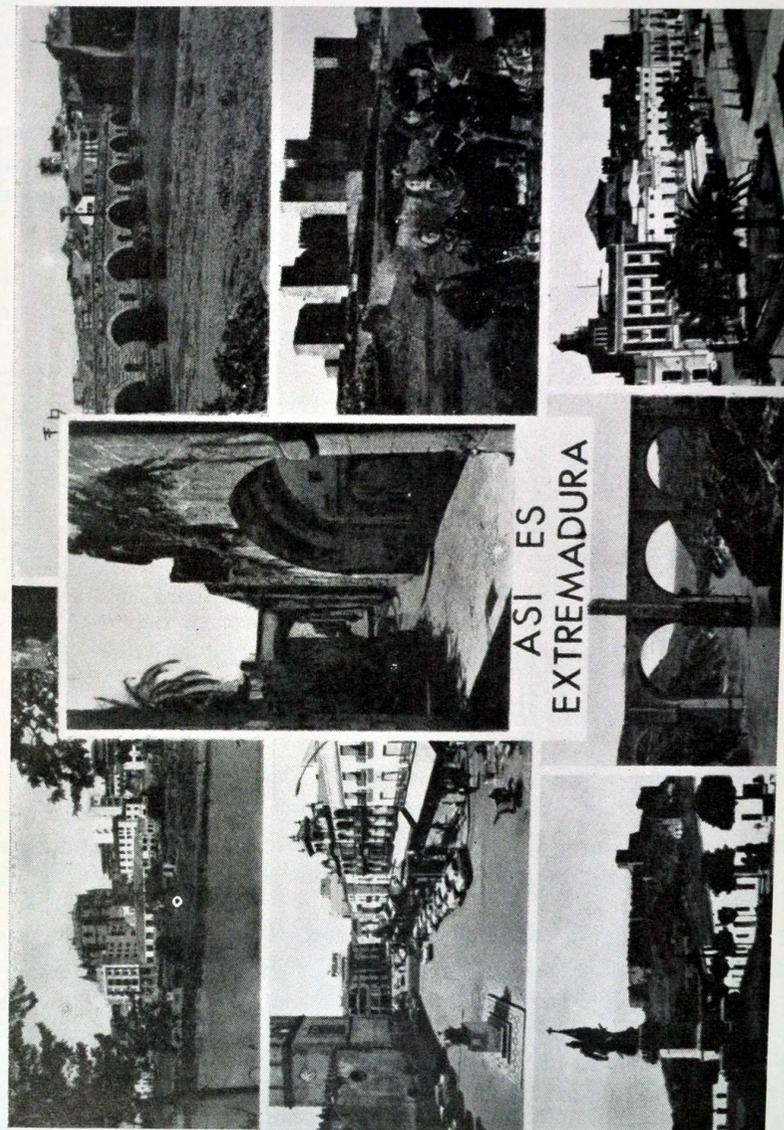
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Y nuestras madres nos verán triunfantes
y á esa caduca Europa á nuestros pies
y acudirán de gozo palpitante,
en cada hijo á contemplar un Rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
las coronas de Europa heredarán,
y á conquistar también otras regiones
el caballo y la lanza prestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
sangrientas charcas sus campiñas sean,
de los grajos su ejército festín.

JOSÉ DE ESPRONCEDA



ALBUM EXTREMEÑO. - Varias vistas de la región. - (Foto Arribas).